

TRIBUNA ABIERTA

MARIATE COBALEDA

Doctora en Filosofía. Miembro-cofundadora de la "Sociedad Castellano-Leonesa de Estética y Teoría del Arte"

La educación y el deber: la ética del esfuerzo

La situación actual de la educación en España está marcada por el estrepitoso fracaso escolar, que llega al 30% de los alumnos de la Enseñanza Media. Reformas como la que está diseñando el Ministerio de Educación con la Ley de Calidad, para solucionar este serio y gravísimo problema, nos parecen del todo plausibles y encomiables. Una ley que certifica el empeño y el interés diligente del Ejecutivo por dotar a nuestros jóvenes de unos valores fundamentales en el proceso de formación de la persona: como el esfuerzo, la autoexigencia, el trabajo, la entrega a una vocación y el deber. Pero no olvidemos que el problema del fracaso escolar tiene el mismo fundamento que la moda y la movida del "botellón" que practican nuestros adolescentes. La situación actual de nuestra juventud es fiel reflejo del momento presente, que protagoniza nuestra sociedad materialista, movida y motivada por el hedonismo y el consumo.

EL CULTIVO DE LA PERSONALIDAD. La juventud actual, la del fracaso escolar y la del "botellón", no es más que una víctima inocente de la sociedad que hemos erigido y construido los mayores. Es en esta sociedad de adultos donde la juventud se mira para tomar modelos, acuñando valores y pautas de conducta. Los jóvenes son los frutos de la misma sociedad que los cría y los cultiva. Educar es criar y cultivar a los hombres del mañana, para que nunca pierdan el entusiasmo juvenil ni la capacidad de soñar. No olvidemos que los frutos dependen de la sementera, de la manera en que sembramos. Por eso, como decía Víctor Hugo, "no hay malas hierbas ni hombres malos, sólo hay malos cultivadores".

Enseñar es formar al adolescente desarrollando la armonía entre el espíritu y el cuerpo. Es cultivar el sentido ético y estético que se encuentra en las raíces de la persona. Más que educar a los jóvenes en la civilización del Bienestar -que es responsabilidad y competencia de nuestros políticos y gobernantes garantizarlo-, la educación debe ir dirigida al cultivo del bien ser de la

persona ("Paideia"). Debe contribuir a la formación de la integridad de la personalidad del niño o adolescente, desarrollando al máximo sus aptitudes y potencialidades. En palabras del profesor Pérez Gago, "a los hijos hay que ayudarles a ser libres. A realizar la capacidad que Dios les dio de realizarse".

Pero la educación ha de ser una tarea de toda la sociedad. Empezando por la familia, que es la que debe inculcar e imbuir en el mito los valores que serán para siempre el soporte de su semblante personal: la urdimbre para afrontar la vida con responsabilidad, respeto, tolerancia y libertad. Educar para seguir siendo, hasta el final, fieles a los propios principios, a pesar de que el mundo cambie y se devalúe.

Educar en la firmeza para mante-

neros por encima de las adversidades. Porque educar, más que dar una carrera o proporcionar unos estudios universitarios, es templar el alma para las dificultades de la vida. Pero sólo se adquiere la templanza con la catarsis, con el esfuerzo denodado y el espíritu de sacrificio.

EDUCAR EN EL "BIENSER". Hay que educar en el "bien ser", que nos exige un firme compromiso con nosotros mismos, pues se orienta por la máxima ética pindárica "sé el que eres", que en Estética Originaria traducimos por "llega a ser sin dejar de ser". Es preciso educar en la fidelidad a uno mismo. Ser fieles a nosotros mismos, a lo que somos. Pero cuando la civilización consumista nos educa en el tener, en la ambición de bienes materiales, entonces subordinamos lo que somos a lo que tenemos, llegando a confundir el valor con el precio. ¡Qué pobres y devaluados nos hemos vuelto en esta enriquecida civilización!

Por eso nuestra juventud que fracasa en las aulas y en las calles está vacía, como la sociedad adulta de donde procede. Además, hemos cambiado el valor del deber por el derecho. Hoy vivimos en la época de los derechos. Derechos susceptibles de reivindicación, siempre insatisfechos, jamás colmados, pues los utilizamos como paliativo a nuestra ansiedad y frustración de fondo. Sí, nuestros derechos, tan sacrosantos como nuestra vida. ¿Pero dónde hemos dejado el deber? El deber que cuaja la madurez personal. El deber que implica la responsabilidad y la libertad. La fruición y el gozo en el deber.

En la heroica ética del deber se forjan, se cumplen y se logran las grandes personalidades y los pueblos de cultura profunda. En las épocas heroicas, de ética y virtud, a los pueblos los mueven los poetas, pues son épocas emocionadas por el espíritu. En las épocas de decadencia es la frivolidad y la comedia lo que mueve a los pueblos.

Si queremos que nuestra juventud cambie, adquiriendo nuevas virtudes, comencemos por nosotros mismos, modificando nuestro código de valores. Seamos su ejemplo y su modelo. Mantengámonos firmes en nuestros principios y nuestros ideales. Transmitamos a nuestra juventud la esperanza y el entusiasmo y la capacidad de conquistar los sueños con el esfuerzo perseverante, con el trabajo firme y el deber.

